

D. SAGRADA FAMILIA. EVÁNGELIO SEGÚN SAN LUCAS 2,22-40.

Cuando llegó el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor [(de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor») y para entregar la oblación (como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones»).

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que aguardaba el Consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu Santo, fue al templo.

Cuando entraban con el Niño Jesús sus padres (para cumplir con él lo previsto por la ley), Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo, Israel.

José y María, la madre de Jesús, estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo diciendo a María, su madre:

—Mira: Este está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten, será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti una espada te traspasará el alma.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana: de jovencita había vivido siete años casada, y llevaba ochenta y cuatro de viuda; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel.]

Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

FAMILIA SAGRADA

La fiesta de la Presentación de Jesús en el templo es llamada también **«fiesta del encuentro»**, se dice que es el encuentro entre Jesús y su pueblo. Un encuentro que se produce cuando María y José llevan a su niño al Templo de Jerusalén, cuando lo presentan a su comunidad, representada por los dos ancianos Simeón y Ana.

María y José querían cumplir lo que estaba prescrito por la Ley del Señor. Se percibe que los padres de Jesús querían vivir en la observancia de los preceptos de Dios, querían **«caminar en la Ley del Señor»**. Es éste un deseo fuerte y profundo cuya vivencia suscita gran alegría. Así se dice en uno de los Salmos: **«Mi alegría es el camino de tus preceptos... Tu ley será mi delicia»**. La Sagrada Familia **«cumple»** fielmente la ley y, tal como se disponía en los libros sagrados, realiza **«el rito purificador de María»** y la **«ofrenda de su hijo primogénito al Señor»**.

De los ancianos Simeón e Isabel se dice en el Evangelio que eran conducidos por el Espíritu Santo. De Simeón se afirma que era un hombre justo y piadoso que **«el Espíritu Santo estaba con él»** y que **«el Espíritu Santo le había revelado»** que antes de morir vería al Cristo, al Mesías. Simeón fue al Templo **«impulsado por el Espíritu»**. De Ana se dice que era una **«profetisa»**, es decir, inspirada por Dios y que estaba siempre en el Templo **«sirviendo a Dios con ayunos y oraciones»**.

En definitiva, Simeón e Isabel eran dos ancianos **«llenos de vida»**. Y están llenos de vida porque están animados por el Espíritu Santo, **«dóciles a su acción»** y **«sensibles a sus peticiones»**.

A la familia de Nazaret la llamamos **«Sagrada Familia»** no sólo por ser la comunidad humana en la que nació y creció el Hijo de Dios sino por la fe de confiar en que todo lo que les sucedía formaba parte del **«Plan de Salvación»**, desde el anuncio del ángel hasta la muerte en la cruz, y todo ello, aunque no lo comprendieran.

Las situaciones que vivieron, algunas positivas como la visita de los Reyes Magos y otras tristes como la huida a Egipto, las afrontaron con la certeza de que **«Dios estaba con ellos»**. Incluso en el ritual de visitar el Templo de Jerusalén para presentar al recién nacido al Señor, escucharon los elogios de Simeón y de Ana, pero también palabras muy duras sobre su futuro, que no cabe duda que les conmocionarían.

La Sagrada Familia fue, sin duda, una gran familia, una familia modélica, una familia que puede y debe servirnos **«como ejemplo»** para nuestras familias de hoy, sin perjuicio de los cambios que se han producido en la estructura de la familia desde entonces.

La importancia de la familia estriba en que es el instrumento insustituible para la **«transmisión de la fe y de los valores humanos»**, algo que positiva o negativamente se desarrolla en la familia cualquiera que sea el escenario en el que se tengan que vivir. **«Jesús predicó lo que vivió»**. Y si predicó **«el amor»** como valor supremo para la vida, es decir, la entrega, el servicio, la solicitud por el otro, quiere decir que **«primero lo vivió Él en la familia»**.

La familia es el **«primer campo de entrenamiento»** para todo ser humano. Todo ser humano nace como **«proyecto»** que tiene que ir desarrollándose a lo largo de toda la vida **«con la ayuda de Dios y de los demás»**. Y la familia es primera comunidad de amor que está siempre atenta al cuidado de sus miembros, la institución en la que **«la persona es el valor supremo»**.

La familia sigue siendo, pues, hoy el **«marco privilegiado»** para el desarrollo de la persona, pero no sólo durante los años de la niñez o juventud, sino en todas las etapas de la vida. La persona sólo puede **«crecer en humanidad»** a través de sus relaciones con los demás.



Y la familia es el marco insustituible para esas relaciones **«profundamente humanas»**. Bien sea como hijo, como hermano, como esposo, como padre o madre, como abuelo, ... en cada una de esas situaciones **«la calidad de la relación»** nos irá acercando a la **«plenitud humana»**, si todo encuentro

con el otro lo aprovechamos para **«ejercitar nuestra capacidad de amar»**.

Las relaciones familiares deben enseñarnos a **«dejar nuestro individualismo y egoísmo»**. Si en la familia superásemos la tentación del egoísmo, aprenderíamos a tratar a todos con la misma humanidad: **«exigir cada día menos y darnos cada día más»**.

Pero ejercitarse en el amor, ejercitarse en ser más humanos, resulta más fácil si, al igual que la familia de Nazaret, vivimos nuestras vicisitudes familiares **«confiando»** en la fuerza de Dios, en el poder de su Espíritu y **«aceptando»** sin reservas su Plan de Salvación como lo mejor que nos puede ocurrir. ¡Que así sea!